

HERMANN HESSE

## EL ARTE DEL OCIO\*

### UN CAPITULO DE HIGIENE ARTISTICA

*Cuanto más se ha asimilado también el trabajo intelectual a la actividad industrial prepotente, falta de tradición y de buen gusto, y cuanto mayor ha sido el celo con que la ciencia y la escuela se han esforzado por arrebatar nos la libertad y la personalidad y por meternos desde la más tierna infancia en una situación de trajín forzoso y sin una pausa de respiro (una situación considerada ideal), tanto más se ha producido una decadencia, un descrédito y una falta de ejercicio de la ociosidad, junto a otras artes pasadas de moda. ¡Como si en algún momento hubiésemos poseído una maestría en dicho arte! En todas las épocas, la pereza convertida en arte sólo ha sido practicada en Occidente por tristes aficionados.*



Tanto más sorprendente es que en nuestros días, cuando tantos y tantos vuelven la vista con nostalgia hacia Oriente y aspiran con bastantes fatigas a asimilar un poco de las alegrías de Chiraz y Bagdad, un poco de la cultura y la tradición de la India y un poco de la gravedad y la concentración de los santuarios dedicados a Buda, sólo muy raras veces acude alguien a lo que tiene más próximo e intenta conquistar algo de la magia cuyo soplo, cuando leemos libros de historias orientales, nos llega desde los patios de palacios moros, refrescados por surtidores.

En realidad, ¿por qué tantos de nosotros sentimos un extraño goce y una extraña satisfacción con estos libros de cuentos, con *Las mil y una noches*, con las narraciones populares de Turquía y con el delicioso *Libro de los papagayos*, que es el *Decamerón* de la literatura oriental? ¿Por qué un poeta joven tan refinado y original como Paul Ernst ha seguido con tanta frecuencia esas antiguas veredas en su *Princesa de Oriente*? ¿Por qué Oscar Wilde ha gustado de evadir su reelaborada fantasía en esa dirección? Si vamos a ser sinceros y a prescindir de los pocos orientalistas científicos, habremos de confesar que los gruesos volúmenes de *Las mil y una noches*, por su contenido, están aún muy lejos de tener para nosotros el peso que tiene uno solo de los cuentos de

\* Publicado por "Die Zeit" No. 504, 1994.

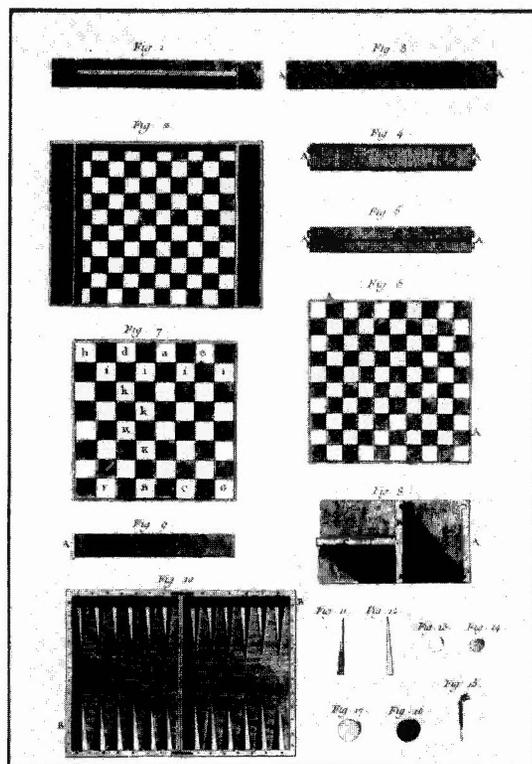
Grimm o una sola de las leyendas cristianas de la Edad Media. Y no obstante los leemos con placer, los olvidamos al poco tiempo, porque un cuento es tan semejante a los otros que parecen hermanos, y luego volvemos a leerlos con idéntico gusto.

¿A qué se debe este hecho? Se atribuye de buen grado a la perfección adquirida por el arte de la narración en Oriente. Pero en este aspecto damos un valor excesivo a nuestro propio juicio estético, porque, si los raros talentos narrativos auténticos de nuestra propia literatura son tenidos en tan poco, ¿por qué habríamos de seguir a esos extranjeros? Así pues, tampoco se trata del gusto por el arte de narrar, o al menos no sólo dicho gusto. La verdad es que nuestro sentido de este arte está muy poco desarrollado; al leer sólo buscamos, junto a lo más burdamente temático, unos atractivos meramente psicológicos y sentimentales.

El trasfondo de ese arte oriental, que nos fascina con una magia tan grande, es simplemente la indolencia oriental, es decir, la ociosidad desarrollada hasta convertirse en un arte, apasionante de su relato; el narrador árabe siempre tiene tiempo sobrado para describir en todos sus detalles y pormenores una tienda real teñida de púrpura, una gualdrapa guarnecida con un recamado de piedras preciosas, las virtudes de un derviche o las perfecciones de un sabio veraz. Antes de poner una palabra en boca de mi príncipe o de su princesa, nos describe sin omitir un solo detalle el color rojo y el trazado de sus labios, el brillo y la forma de sus hermosos dientes blancos, el encanto de su mirada, llameante de audacia o inclinada pudorosamente hacia el suelo, y los gestos de su bien cuidada mano, cuya blancura es inmaculada y en la que las uñas rosadas y opalinas rivalizan con el resplandor del anillo adornado con una gema. Y el oyente no le interrumpe, no conoce la impaciencia ni la voracidad del lector moderno; escucha la descripción de las cualidades de un anciano anacoreta con el mismo celo y con el mismo placer con que oye contar los goces amorosos de un adolescente o el suicidio de un visir caído en desgracia.

Cuando leemos, nos invade constantemente el mismo sentimiento nostálgico de envidia. ¡Esta gente tiene tiempo! ¡Grandes cantidades de tiempo! ¡Pueden pasarse todo un día o toda una noche imaginando una nueva metáfora para la belleza de una mujer hermosa o para la infamia de un malvado! Y cuando una historia empezaba al mediodía sólo ha llegado a la mitad cuando se hace de noche, los oyentes se acuestan tranquilamente, rezan sus plegarias y buscan el sueño dando gracias a Alá, porque mañana será otro día. Son millonarios de tiempo; es como si lo sacasen de un pozo sin fondo, sin dar importancia a la pérdida de una hora, de un día, de una semana. Y cuando leemos aquellas extrañas fábulas e historias interminables y entretejidas, también nosotros nos sentimos invadidos por una extraña paciencia y no deseamos que llegue el final, porque hemos entrado momentáneamente en la gran magia... La diosa de la ociosidad nos ha tocado con su varita mágica.

Entre los innumerables que, llenos de cansancio y de fe, han emprendido últimamente el peregrinaje de regreso hacia la cuna de la humanidad y de la cultura, y se sientan a descansar a los pies del gran Confucio y del gran Laotsé, hay muchos que sienten simplemente una profunda nostalgia por la divina ociosidad que los mueve. ¿Qué es la despreocupada magia de Baco y la voluptuosidad dulce y soñolienta del hachis frente al abismal descanso del hombre que ha abandonado el mundo y, sentado en la cresta de un monte, observa la rotación de su sombra y deja que su alma atenta se pierda en el ritmo incesante, leve y embriagador del sol y la luna que siguen su curso? Entre nosotros, en este mísero Occidente, hemos desgarrado el tiempo en partículas, en átomos, cada uno de los cuales sigue teniendo el valor de una moneda; en cambio, en Oriente,



sigue fluyendo sin rupturas, en un ondear incesante, capaz de calmar la sed de un mundo, inagotable como la sal de los mares y la luz de los astros.

No tengo la menor intención de dar consejos al mundo agitado de nuestra industria y de nuestra ciencia, que devora a las personalidades. Si la industria y la ciencia no necesitan ya esas personalidades, que prescindan de ellas. Pero nosotros, los artistas, que habitamos una isla con unas posibilidades de vida todavía soportables en medio de la gran bancarrota cultural, debemos regirnos, como siempre, por otras leyes. Para nosotros, la personalidad no es un lujo sino una premisa existencial, es el aire que respiramos, es un capital del que no podemos prescindir. Entiendo por artistas todos aquellos que tienen la necesidad de sentirse vivir y crecer a sí mismos, que necesitan ser conscientes del fundamento de sus propias energías y basarse en él de acuerdo con unas leyes congénitas, sin efectuar por tanto ninguna manifestación vital ni actividad subalterna, cuya esencia y cuyos efectos no guarden con dicho fundamento la misma relación clara y razonable que, en un buen edificio, guardan la bóveda y la pared, el tejado y el pilar que lo sustenta.

Desde siempre, los artistas han tenido necesidad del ocio temporal, en parte para poner en claro lo recién adquirido y para que madure lo que opera en la inconsciencia, y en parte para aproximarse una y otra vez a lo natural en una entrega no intencionada, para volver a la infancia, para sentirse de nuevo amigo y hermano de la tierra, de la planta, de la roca y de la nube. Lo mismo da que uno se entregue a la confección de versos o de imágenes, o que quiera simplemente construirse a sí mismo, escribir o gozar de su actividad; en cualquier caso, surgirán para todos las inevitables pausas. El pintor se encuentra situado ante una tabla en la que acaba de poner el fondo, siente que no han llegado aún la necesaria concentración ni el íntimo empuje, se pone a hacer pruebas, a dudar, a buscar sutilezas artísticas, y acaba por arrojarlo todo con rabia o con tristeza, se siente incapaz, inepto para cualquier tarea elevada, maldice la hora en que se hizo pintor, cierra el taller y envidia al último barrendero, para quien los días transcurren en una actividad cómoda y cuya conciencia está tranquila.

Ante un proyecto iniciado, el poeta vacila, echa de menos en lo que está haciendo la grandeza que sintió al concebirlo, tacha palabras y páginas, las vuelve a escribir, no tarda en arrojar al fuego estas nuevas páginas; lo que antes había visto con claridad, lo ve ahora vacilar en una pálida lejanía, sin contornos; de pronto sus pasiones y sentimientos le parecen mezquinos, faltos de autenticidad, productos del azar, y escapa corriendo y envidia asimismo al barrendero. Y así sucesivamente.

Más de una vez, la tercera parte o la mitad de la vida de un artista consta de tales períodos. Sólo algunos, rarísimos, individuos excepcionales, consiguen crear incesantemente, casi sin interrupción. Así se producen las pausas de ociosidad, aparentemente vacías, que siempre han suscitado el desprecio o la piedad de las gentes vulgares, cuando las ven desde fuera. Cuanto menos pueda comprender el filisteo el inmenso trabajo, enormemente polifacético, que puede encerrar una sola hora de creación auténtica, menos acertará a explicarse ¿por qué un pintor excéntrico no se limita simplemente a ir pintando, a ir poniendo las pinceladas una después de otra y a concluir sus obras con toda tranquilidad; por qué se siente tan a menudo incapaz de seguir adelante, se abandona a sí

mismo y cavila, y cierra su estudio y durante días enteros, o semanas enteras. Y el propio artista se ve sorprendido y decepcionado cada vez por estas pausas, cae en la misma miseria y vuelve a torturarse a sí mismo, hasta que aprende a reconocer que debe acatar las leyes que le son congénitas y que muchas veces, para su propio consuelo, es tanto la plenitud como el cansancio lo que le paraliza. Hay algo actuando en su interior, algo que él quisiera convertir hoy mismo en una obra visible y hermosa, pero ese algo se resiste, aún no está maduro, lleva en sí mismo, como un misterio, la única solución posible, la más bella de todas. Por consiguiente, no se puede hacer otra cosa que esperar.

Para estas épocas de expectativa, hay sin duda centenares de pasatiempos, sobre todo el de proseguir la formación a base de conocer las obras de los antecesores y los contemporáneos importantes. No obstante, si llevas en tu interior un trabajo dramático sin resolver, como una estaca clavada en la carne, te resultará casi siempre penoso leer a Shakespeare, y si te atormenta y te aflige el primer fracaso de un proyecto pictórico, es probable que Tiziano sea un pobre consuelo para tí. Especialmente la gente joven, cuyo ideal es el "artista pensante", opina entonces que la mejor manera de emplear el tiempo sustraído al arte es dedicarlo a pensar, y se encierra en cavilaciones sin fin ni provecho alguno, en consideraciones escépticas y en otras disquisiciones caprichosas.

Otros, que no se han sumado aún a la guerra santa contra el alcohol, que últimamente también han emprendido con éxito los artistas, encontrarán el camino hacia los lugares donde sirven buen vino. Estos gozan de toda mi simpatía, porque el vino como reparador, consolador, calmante y productor de sueños, es un dios mucho más noble y hermoso de lo que quisieran hacernos creer últimamente sus muchos enemigos. Pero no sirve para todo el mundo.

Amarlo de un modo artístico y sabio, gozarlo y comprender su insinuante lenguaje en toda su dulzura es algo para lo que uno tiene que estar dotado por la naturaleza, como para otras artes, y aún entonces necesita un adiestramiento, y raras veces podrá llevarlo a una cierta perfección, si la tradición que sigue no es la buena. Además, si no es un elegido verá que, precisamente en los tiempos infecundos de que estamos hablando, raras veces tendrá en el bolsillo los denarios necesarios para un verdadero culto a un dios.

¿Cómo conseguirá el artista salvar con el cuerpo y el espíritu indemnes ambos peligros: el del trabajo intempestivo y sin gozo y el del vacío ensimismado y descorazonador? La vida social, el deporte, los viajes, etc., son pasatiempos que no sirven de nada en tales situaciones; además, sólo podemos considerarlos en parte como una solución para personas acomodadas, y contarse entre esas personas acomodadas, no ha sido nunca una ambición de los artistas. También las artes hermanas suelen dejarse mutuamente en la estacada durante los malos tiempos: el poeta torturado por un trabajo sin resolver, raras veces recuperará su tranquilidad y su equilibrio en casa del pintor, ni el pintor en casa del músico. Porque el artista sólo puede obtener un goce profundo y total en épocas esclarecidas y creadoras, mientras que ahora, con las penurias que sufre, todo el arte le parece banal y trasnochado, o bien opresor y prepotente. Para los que se hallan ocasionalmente descorazonados o indefensos, una hora de música de Beethoven puede curarlos o derrumbarlos del todo.

Este es precisamente el aspecto en el que, con gran dolor, echo de menos un arte de la ociosidad fortalecido y depurado por una sólida tradición; de ahí que mi mentalidad germánica, sin mácula en otros aspectos, dirija la vista con envidia y nostalgia hacia el Asia Materna, donde una práctica ancestral ha conseguido poner un ritmo articulador y ennoblecedor al estado, aparentemente amorfo, de la existencia y el ocio vegetativos. Sin jactancia debo decir que he dedicado mucho tiempo a estudiar experimentalmente el problema de este arte.

Las experiencias obtenidas deben quedar para una nota posterior, especialmente dedicada a ellas; baste por el momento mi afirmación de que he aprendido más o menos a cultivar la ociosidad en momentos críticos, con método y con gran placer. Sin embargo, para que los posibles artistas que haya entre mis lectores, en lugar de ponerse ellos mismos a la tarea de la holgazanería metódica, no se aparten de mí decepcionados, como de un charlatán, daré en pocas frases una visión panorámica de mi primer período de iniciación en el templo de este arte.

1. Movido por un oscuro presentimiento, un día fui a buscar a la biblioteca las ediciones alemanas más completas de *Las mil y una noches* y de *los Viajes de Sayid Batthal*; me senté a leer, y tras haberme divertido durante un breve tiempo, encontré aburridos aquellos textos después de pasar aproximadamente un día ocupado con ellos.

2. Al reflexionar sobre las causas de este fracaso me di cuenta por fin de que uno sólo puede disfrutar de los libros mencionados si los lee tumbado o sentado en el suelo. La silla vertical de Occidente les quita toda posible eficacia. Paralelamente, tuve por primera vez una noción de la apariencia completamente distinta que adoptan el espacio y las cosas cuando uno está tendido o agachado.

3. Pronto descubrí que el efecto de la atmósfera oriental se duplicaba cuando, en lugar de leer yo mismo, me hacía leer los textos por otra persona (para lo cual es preciso, sin duda, que el lector esté también tendido o agachado).

4. Esta lectura, efectuada por fin de una manera racional, originó muy pronto un resignado sentimiento de espectador que me capacitó para permanecer inmóvil durante horas, aun sin lectura, y para ocupar mi atención en objetos aparentemente nimios (leyes del vuelo de un mosquito, rítmica de las partículas de polvo a los rayos del sol, melodía de las ondas luminosas, etc). De ahí nació un asombro creciente ante la variedad del acontecer, y un total y apaciguador olvido de mí mismo; así obtuve la base de un saludable *far niente* que jamás produce aburrimiento. Este fue el principio. Otros escogerán caminos distintos para sumergirse, desde la vida consciente, en las horas de olvido total de uno mismo, tan necesarias y difíciles de alcanzar para los artistas. Si esta sugerencia mía induce a un posible maestro occidental del ocio a hablar y a comunicar su sistema, habría satisfecho el más ardiente de mis deseos √